

Capítulo 1

Entrada

Nunca había salido de mi casa, el miedo me comía, se me doblaban las piernas como hilos de atole. Era una nueva vida para mí, atada a las faldas de mi mamá desde que tenía memoria, y no quería meterme en problemas a las primeras de cambio; pero ya eran las ocho de la noche, comenzaba a oscurecer, y la endemoniada Georgina, mi amiga desde el jardín de niños, no aparecía por ninguna parte después de bajar del tren interurbano. Era increíble que a su edad todavía no fuera capaz de ir al baño antes de emprender un viaje así. Ya era ganancia no haber despertado en mi asiento con un rollo de papel en la boca –lo cual demostraba que hasta Georgina estaba creciendo–, pero hay cosas que no cambian.

Sentada en mi maleta, le eché un vistazo a la central. Era pequeña, alargada como una *baguette*, con uno de sus lados lleno de taquillas y el otro totalmente cubierto de vidrio laminado de berilio. Afuera, al otro lado del cristal, una hilera de vehículos se movía lentamente contra una cerca de malla ciclónica donde, creí, más bien debería haber un fondo de locales comerciales y restaurantes. Pasaban tomándose su tiempo, engullendo

jovencitas con gigantescas maletas llenas de cremalleras y botones, con ruedas que casi se salían de su eje chirriando por el esfuerzo al rodar sobre el enlosado. Grupos de chicos cruzaban hacia la parada de transportes colectivos con sus mochilas a punto de reventar; sonrientes, felices seguramente de volver a la libertad lejos de sus familias. El ruido de las charlas y de los coches que recogían estudiantes no tenía fin, pero a mí no había quien me recibiera. Era nueva en la ciudad y mi parentela se reducía a mi mamá y mi hermana Linda, que se habían quedado en León. Sólo Georgina me acompañaba, pues ella llevaba ya un año estudiando Psicología en la Católica, donde compartía casa con Simón del Desierto, el felino más revoltoso que ha dado occidente bajo el pellejo de un eremita.

Si entonces hubiera sabido lo que me esperaba habría dado media vuelta para regresar a mi pueblo y abrir un restaurante, pero, a diferencia de Georgina, que era psíquica y cartomanciana, yo no tenía poderes sobrenaturales que me alertaran acerca de lo desastrosa que iba a ser aquella época.

Para empezar, la estación de Guanajuato no era como cualquier otra que yo conociera; no había Taxi Seguro ni Taxi Rosa... Bueno, no había taxis de ningún tipo (para acabar pronto), mucho menos iba a haber boletos u orden para abordarlos cuando esporádicamente se aparecían por ahí. Alguien debía ganar algo con eso, supongo, porque de otra manera no tenía sentido.

Cuando en medio de todo aquel pandemónium por fin pudimos abordar un carro desvencijado, con un chofer de actitud señorial que estuvo dispuesto a honrarnos con sus servicios si teníamos la fortuna de ir en su misma dirección, había obscurecido del todo. Recelosa, me di

cuenta de que, en lugar de dirigirse al centro, el taxi dejaba atrás las calles, lanzándose sobre un encarpetado que serpenteaba por laderas llenas de pirules y horriblos matorrales. Temía que el chofer nos estuviera perdiendo a propósito, con no sé qué inimaginables intenciones en la cabeza, pero mientras yo me comía las uñas, toda apanicada, Georgina, fiel a su costumbre, iba tan campante, plática y plática sobre cualquier cosa que, en mi terror, me entraba por una oreja y me salía por la otra. De pronto, en el último recodo de una colina, creí atisbar entre los árboles la cresta luminosa de una gasolinera, lo cual me devolvió el alma al cuerpo con sus connotaciones de civilización. Para ese momento habíamos ya caracoleado tanto que llegué a tener la sensación de que al cabo de unos minutos veríamos aparecer de nuevo la bóveda encristalada de la estación, pero, en lugar de eso, a la vuelta de una enorme noria, toda ella cubierta de hiedra, las luces de los edificios brillaron por fin frente a nosotras como luciérnagas amarillas y blancas, y la ciudad abrió sus brazos de piedra para recibirnos.

Traqueteando sobre una plancha de concreto con textura de falso empedrado otomí, pasamos bajo un hermoso puente de piedra, atravesamos un túnel inmundo y emergimos triunfalmente del otro lado hasta irnos casi de narices contra un muro lleno de grafitis. Con todos los achaques y dolores dejados por el paso del tiempo, y más aún por la desidia de la gente, Guanajuato se lamentaba a través de cada grieta, con cada poro de sus desnudos adobes, en cada eco de una jauría que ladraba, enloquecida, a nuestro paso alentada por el viento de agosto.

El cochino conductor no fue siquiera capaz de ayudarnos a bajar el equipaje, pues su labor como taxista, in-tuyo, no incluía la de mozo de cordel. Epígono, sin duda,

de todos aquellos que alguna vez han considerado una afrenta el trabajo manual, todo el camino había ido jactándose menos de la belleza de su pueblo y de las entrañas de plata que lo recorrían bajo la piel que de la alcornica de sus familias acomodadas. Me dio un poco de pena verlo, con una sangre tan noble y una condición tan baja, haciéndose lenguas con los marqueses de San Clemente, los condes de la Valenciana, los señores de Casa Rul y media docena más de familias preclaras cuya gloria parecía consistir, al menos en la versión de nuestro benefactor, en haber sido extremadamente ricos e increíblemente insulsos. Para acabarla de amolar, algo que aprendería en los meses siguientes, los taxistas de Guanajuato nunca tienen dinero para devolverte el cambio y terminamos pagando más de lo debido con tal de librarlos de la cara de fastidio que nos puso por no tener la cantidad justa de la dejada. Para mis instintos de leonesa resultaba absurdo que una persona con un negocio no tuviera morralla para el vuelto, pero, como Georgina me advirtió, en Guanajuato era necesario acostumbrarse, pues desde tiempo inmemorial esa era la norma y no la excepción.

El departamento que rentábamos estaba en el barrio de San Javier, a un lado de la Hacienda de San Matías y Georgina ya tenía ahí todas sus cosas desde finales del semestre anterior, conocía bien la zona y yo me sentía menos desprotegida en su compañía. El rumbo lucía agradable y seguro para un par de chicas solas, estaba bien iluminado y contaba con facilidades de transporte.

Era un sitio pequeño a pie de calle, con dos camelinas moradas sobre la fachada de piedra y, entre ellas, una puerta de madera olorosa a brea con aspecto de haber vivido mejores tiempos.

–Por cierto, ni creas que vas a encontrar una tienda de abarrotes o una papelería abiertas antes de las diez de la mañana –se quejaba todavía Georgina esforzándose por darle vuelta a su descomunal valija para hacerla caber por la puerta–. Y si encuentras una, y además tienen cambio... seguro que su propietario no es guanajuatense... ¡Ay, agárrala de ese lado, floja, que se me va!

Pero, bueno... una raya más al tigre. Igual, sólo en Guanajuato una calle sin árboles es una alameda; un ensanchamiento de la acera, una plaza, y un camellón con tres huizaches secos, un jardín.

Adentro había una salita-comedor adornada con cuadritos de crisantemos y palomas que me encantaron. Tenía también una barra taraceada de azulejos de colores que la separaban del espacio para cocinar, con un gabinete decapado que colgaba sobre la tarja. Ya me imaginaba cocinando en ese lugarcito tan acogedor cuando Georgina me llamó para mostrarme mi habitación. Se trataba de un auténtico ropero, e igual de claustrofóbico, pero como estaba muy limpio y pintado rústicamente con colores de cal decidí que podía sobrellevarlo. Además, tenía la ventaja de contar con un baño independiente, con lo que eso significaba en términos de lujo para cualquier jovencita universitaria. Era difícil determinar cuál había sido la idea original en aquellos aposentos, pues el baño, parcialmente voladizo, era notablemente más bajo que la recámara y tenía sobre el tanque del inodoro una serie de estrechas aspilleras de ventilación que daban a un baldío lleno de higerillas y quiebraplatos de flores azules, por donde Simón entraba y salía a su antojo todas las noches usando la autopista de las tapias y las azoteas.

El cuarto de Georgina, claro, era mucho más grande.

–Primera en tiempo, primera en derechos –dijo la

desdichada al mostrarme su habitación. La había pintado con esponja en un hermoso tono rosa pálido, y la ventana, que daba hacia la calle, se cerraba con un juego de cortinas de organza. La cama estaba cubierta con una colcha plomiza de estilo retro y junto a ella había colocado un espejo con marco de plata y un taburete para peinarse. Del otro lado del cuarto estaba el armario, indignantemente más amplio que el mío, y adentro, junto a su ropa, el estuche de su estúpida guitarra de *Peppa Pig*.

Conocedora de los gustos de los intelectuales a los que iba a integrarme a partir de esa semana, empezaba a imaginarme en broma cómo se vería aquello con algunos textiles indígenas y una docena de jarritos de Tlaquepaque cuando Georgina amenazó con ponerme de patitas en la calle si empezaba a ver esas porquerías por ahí. ¡Y yo que acababa de comprar unas mulitas de hoja de maíz de Acatlán para no desentonar con mis compañeros! ¡Malvada mujer!

De cualquier manera, su cuarto no tenía baño, sino que debía usar el que daba a la sala, con un escalón peligroso para cualquier forma de vida sobre la tierra y una claraboya color magenta en el techo que me habría puesto los cabellos de punta si tal cosa hubiera sido físicamente posible.

Aquella primera noche me pareció tan corta. Estaba asustada y emocionada al mismo tiempo, pensando en todo lo que había tenido que esforzarme para llegar ahí. Sin duda no era el mejor inicio. Georgina acumulaba malas notas como si obedeciera a una solemne declaración de principios, y yo por poco no apruebo el examen de admisión, pero nos aferrábamos porfiadamente a la escuela como zarigüeyas a una rama sobre el fuego. ¿Qué más po-

díamos hacer? Si todo hubiera dependido de nuestros deseos, seguro que hasta la piedra filosofal habríamos encontrado, pero el punto es que no dábamos una por exceso o falta de... algo. Quizás sólo necesitábamos tiempo, práctica, dedicación, qué sé yo, pero éramos tan libres como un par de condenadas mariposas y apenas la mitad de listas.

Arrebujada en mis cobertores, despeinada como un alebrije, miré mi nueva credencial junto a la lámpara del buró, con mi nombre en relieve bajo la fotografía a colores marcada con el escudo de la UCM (Universidad Católica Mexicana): Sandra Mancera Argoud.

¿De dónde había salido el Argoud? Sólo Dios sabe. Según mi abuela, nuestros antepasados habían llegado a México como parte de la comitiva del emperador Maximiliano; pero, por los antecedentes campechanos de nuestra familia, nunca he estado muy segura de que no fuera más bien el apelativo de algún pirata reconciliado del siglo XVII.

Como quiera que fuese, y al margen de nuestra bastante dudosa prosapia, mi mamá había tenido ya una vida muy dura porque, siendo niña, su familia había terminado de perder la escasa fortuna que le quedaba de otros tiempos, y su matrimonio con mi padre no salió como ella esperaba. Se habían conocido en el puerto, con motivo de unas ventas de mi papá por esos lares, y antes de darse cuenta ya estaban casados. De lo que nunca estuve segura es si ella lo amó alguna vez. No lo creo. Se trataba sólo de un boleto hacía una mejor situación económica porque era socio de una empresa zapatera de muy buenos ingresos y bien conocida en todo el centro del país. Pero nada dura para siempre, y cuando mi padre murió siendo nosotras todavía muy niñas, el negocio se

fue con él. Yo no lo recordaba; y quizás así fuera mejor, porque nadie puede extrañar lo que no conoce. Sin embargo, ella continuaba soñando con regresar a los salones y al lado agradable de los bailes de caridad y para eso contaba con casar al menos a una de sus hijas con algún rico heredero de León. No estaba mal el plan, pero los avatares de la existencia son, por definición, imponderables. ¿Quién le iba a decir que su hija mayor quedaría preñada del Espíritu Santo en el último semestre de la preparatoria y que terminaría como madre soltera, viviendo con un sueldo de recepcionista?

Yo, bueno... desde la primaria había tenido quien sabe cómo una beca en el Instituto Femenino de la UCM de León, donde mi mamá trabajaba como contadora gracias a sus contactos y donde durante años fui parte del equipo de volibol de «Los tlacuaches bravos» (¡A quién rayos se le había ocurrido aquel nombre para un equipo de niñas!). Al borde siempre del fracaso, había sorteado todos los grados con más pena que gloria y no me sentía lo suficientemente apta para una formación universitaria. Pero, puesto que en realidad lo que quería era una licenciatura MMC (Mientras Me Caso), lo mismo me daba entretenerme un rato en la más obtusa carrera de diseño o de turismo que en una espantosa ingeniería. Sin embargo, mi madre, con la sagacidad que la caracterizaba, había decidido que estudiara letras españolas, lo cual me permitiría conocer chicos con menos prejuicios de clase que, digamos, los ultrayunquetos leguleyos o los señoritos de Historia del Arte, con la dificultad añadida de sus heterodoxias amoratorias. Además, es cierto, junto con la educación física, las calificaciones de mis cursos de español habían sido los menos lamentables de mi trayectoria escolar durante el bachillerato y, con un poco de dedicación,

pensaba, hasta podría comenzar a escribir novelas rosas para alguna revista femenina. Digo... algo hay que comer.

Siguiendo su buen olfato, mi señora madre nos había inscrito durante años a cursos extracurriculares de ballet y de economía doméstica donde pudiéramos relacionarnos con las hijas de familias notables. A pesar de su asma, Linda siempre fue una buena bailarina, disciplinada y ágil. Yo, más patosa, prefería danzas orientales; y tanto le lloré a mi mamá, que terminó por inscribirme en un primer curso de técnicas mixtas donde mal aprendí algunos *mudrâ* y los treinta y seis movimientos de ojos, junto con los dum–dum–tac dum–tac del baladi que más tarde fueron mi perdición.

En cuestión de espacios de sociabilidad, la oligarquía leonesa no era distinta a cualquier otra. Quizás de forma más tosca y evidente, pero forjaba igual sus mutuos reconocimientos y lazos por medio de bailes, actos de caridad y espectáculos. Había que aprovechar cada ocasión que hubiera para mirarse, conocerse y, de ser posible, comenzar un cortejo. No es que mi hermana y yo tuviéramos demasiada oportunidad, pues carecíamos de fortuna, un delito capital para las oligarquías, pero éramos honestas, limpias y, hasta antes del embarazo de Linda, teníamos fama de ser unas verdaderas damitas, el "ángel bueno del hogar" que cualquier industrial o profesional necesita para construir una familia "sobre los sólidos fundamentos de la fe y la virtud" según la interpretación del cura que nos confesaba todos los domingos en San Francisco.

Me miré en el espejo. Así despeinada, medio añorada tal vez, con los ojos redondos y grandes, quizás no fuera una belleza, pero ya empezaba a verme como mujer si me esforzaba un poco. No engañaba a nadie, eso sí, porque a leguas se me notaba lo mensa. Me habían cuidado de más,

supongo.

Todo me daba miedo y era capaz de ahogarme en un charco, pero tampoco era fea; mi nariz tenía una forma bonita, y las orejas se me veían muy bien con los aretes correctos. El resto era otro asunto, pues desde los trece años había estado esperando un cuerpo que no acababa de cuajar. Ahora, A los 17 finalmente tenía curvas (¡Gracias, Dios mío, gracias!) y me sentía feliz, aunque no dejaba de parecerme que me faltaba algo de relleno en lugares estratégicos. Además, me apenaba tanto llamar la atención con mi pelo de zanahoria, lleno de rizos por todas partes... Me faltaba confianza, supongo, y una pizca de autoestima que hiciera juego con mi cascarón desvergonzado y vocinglero.

Georgina, en cambio, se había puesto guapísima desde la adolescencia, sólo que estaba loca como una cabra. Ella decía que se le había caído de cabeza a su mamá cuando era chiquita (a alguien tenía que culpar). Para empezar, era medio vegana, lo cual ya es síntoma seguro de desequilibrio, pero, además, creía en cuanta pseudociencia ofreciera al hombre la felicidad y la plenitud con el menor esfuerzo posible: desde las flores de Bach hasta el Feng Shui, pasando por los desvaríos de la Programación Neurolingüística y la homeopatía. Para ella el mundo tenía más niveles espirituales que las capas de una cebolla, vibraba en diferentes frecuencias que había que armonizar y se encontraba repleto de entidades con nombres como para llenar de nuevo el diccionario de Colin de Plancy. ¡Pero qué rostro tan simpático tenía! con aquellos ojos almendrados y vivos que se la pasaba torciendo para hacerme reír!

—¡Ándale, Narciso! ¡Vámonos! —escuché a mis espaldas, y en el espejo la vi pasar por detrás de mí para coger

uno de mis bolsos, otra manía suya. No pude dejar de examinarla, de envidiar su largo (y lacio) pelo castaño.

Me moría de hambre, así que, de camino, un camino ahíto de balcones desolados, de terrazas llenas de geranios marchitos y de malvas que pedían auxilio desde lechos de plástico craquelados por el sol, marcado por una larga sucesión de negocios con cortinas cargadas de grilletes y amojonado por un largo etcétera de escombros de toda índole, nos detuvimos a compartir un emparedado en El Pingüico, un restaurante en el Jardín Unión, muy popular entre los estudiantes tanto de la UCM como de la Pública.

Desde nuestra mesa vi pasar nuevamente a todas las niñas de la noche anterior, cargadas de bolsos y de mochilas, apresurándose para llegar a tiempo a sus clases. Muchas señoras, que casi levantaban en el aire a sus niños llevándolos a los colegios, corrían en medio del trompeteo de las bocinas en eso que Georgina llamaba "La gran carrera de las ocho": penitencia que había que pagar por delitos de pereza, y que podía convertirse en un largo purgatorio si ya no les recibían a los chamacos en la escuela.

La Católica estaba justo en el centro de la ciudad. Era un conjunto de edificios de cuatro niveles, con la mayor parte de sus fachadas pintadas de blanco y una serie de garabatos de cuartón verde en las esquinas que los hacían verse todavía más impresionantes bajo la luz de la mañana. Cada uno de ellos estaba separado de los demás por andadores adoquinados y pequeños prados con macizos de rosales, aralias y obelisco amarillo. En algunos puntos, sujetos a los muros, podían verse arbustos muy bien podados de *bignonia*, con hojas verdes y brillantes ocultas bajo el estallido rosado de sus flores.

Financiada por la Iglesia y con un patronato conformado por reconocidos industriales, la UCM era una institución educativa confesional y conservadora. En sus aulas la calidad lo era todo, y el alumno, nada. Callar, reflexionar y aprender eran nuestras consignas, y si alguien hubiera propuesto aplicar en ella las novedades constructivistas en boga, donde el profesor es un mero asesor, acompañante o “gestor en la adquisición del conocimiento”, habría sido emplumado, manteado y echado a la vil calle sin miramientos. Nada que ver con las escuelas de artes y universidades de tres al cuarto donde el espantajo del sistema por competencias, el multiculturalismo, la ideología de género y otras aberraciones de izquierda enroscaban ya, como en tantos otros lugares, su plebeya y trepadora trompa exigiendo cuotas arbitrarias de representación, condenando opiniones que no fueran las suyas y forjando neolenguas para redefinir al mundo a su exótico contentillo.

Orgullosa de nuestra escuela, Georgina me llevó a ver el edificio de Artes y Humanidades, en un rincón ya cerca del estacionamiento elevado, el cual ocupaba la azotea de un módulo adosado a lo largo de la calzada de Guadalupe y que contaba con uno de esos ingeniosos sistemas hidráulicos para apilar coches. Claro que no tenía capacidad más que para treinta o cuarenta vehículos, pero en Guanajuato eso ya era una barbaridad en un espacio tan exiguo. La opción era otro estacionamiento excavado en la roca debajo de un cerro cubierto de casas, al cual se descendía por una amplia escalera pegada a la biblioteca, y que desembocaba directamente en uno de los túneles de la ciudad.

Por todos lados veía muchachos y jovencitas sentados entre los árboles, junto a las fuentes, platicando en

las bancas de piedra con orlas de mayólica que bordeaban los senderos. Allá, detrás del módulo de Derecho y Ciencias Políticas estaba el auditorio con sus arcos de medio punto. A la entrada, en una hornacina rodeada con macetones de azaleas, un busto de Valentín Gómez Farías resultaba tan maravillosamente contradictorio con el espíritu de la institución, que me dejó boquiabierta, preguntándome si no habíamos invadido sin darnos cuenta las instalaciones de alguna oficina del Estado vecina a la escuela. La rectoría estaba, junto con el resto de las dependencias administrativas generales, en el llamado Edificio Café, porque era el único que en lugar de garabatos verdes tenía piedra marrón en las esquinas para diferenciarse de los demás.

Un poco antes de las diez nos separamos para ir a clases. El edificio de Artes y Humanidades era trepidante, con un mar de personas que berreaba en los corredores. En mi salón me senté hasta adelante a un lado de la puerta, como siempre. Y como siempre, los más latosos se fueron a esconder a las últimas filas. Las aulas eran pequeñas, pero limpias y bien diseñadas, con apenas tres hileras de mesas color avellana que dejaban accesos a ambos lados, iluminadas lateralmente por ventanales cubiertos con estores que brincaban al vacío entre cipreses y olorosos penachos de jazmín

Junto a mí llegó a sentarse un tipo alto y robusto, pero bastante rarito. "Hola", me dijo con una voz de flauta. Saludé y nos presentamos. Se llamaba Santiago y era más que evidentemente homosexual. Un amor.

También hasta adelante, en la fila del centro, se sentaron dos niñas malvibrosas que desde el inicio me dieron mala espina con sus modales de nuevo rico: Elsa Marisol y Mariana, corrientitas las pobres como galletas

de animalito. Más atrás estaban Cecilia, Anita Carranza, las pesadas Lupita y Julieta Landavazo, Yolanda Pereyra y una chica muy linda de Aguascalientes que se llamaba Lorena, con un par de ojazos rasgados y serios que al principio daban un poco de temor, pero luego que empezaba a reír se le iluminaban como dos luceros.

También había algunos hombres aquí y allá, como Lucio (Salinas, creo), el rupestre Isaías Rodríguez, Arturo N. Permat (también de Aguascalientes), junto con Ricardo Arnaiz y Humberto Espinoza Blanco, que ahora tan metidos andan en la política sonorenses en el lado oscuro de la Fuerza. Humberto no estaba mal, pero era un botudo de esos a los que me había jurado jamás voltear a ver siquiera, de los que desde la estratósfera de la opulencia alucinan por las tamboradas y llevan serenatas con mariachi (¡horror!) dilapidando a dos manos lo que no sabían ganar con ellas; mientras que Ricardo, a pesar de sus maneras algo toscas, resultaba la mar de jovial bajo el camuflaje de su rostro constelado de pecas y aquel pelo corto y liso de pitbull que me encantaba.

Fuera de Lorena, que era la indiscutible belleza del salón, a la que nadie se le hubiera ocurrido pretender por puro sentimiento de inferioridad, mi única competencia directa eran más bien Mariana y el par de piernas monumentales que tan bien sabía lucir, pero la que de veras me espantaba era Elsa Marisol, por la inteligencia maliciosa que no tardó en demostrar.

Como quiera, rápidamente me llevé bien con casi todo mundo aunque no fuera –como solía decir sabiamente mi amiga La Borre– más que por mi espontaneidad para soltar estupideces sin el menor asomo de pena.

Santiago y yo nos habíamos caído particularmente bien, así que ya no nos separamos en toda la jornada. A

la hora de la comida se lo presenté a Georgina en la cafetería y también hicieron *click* de inmediato. "Si no fuera tan demasiado gay –dijo mi amiga remarcando el 'tan demasiado' en un momento en el que Santiago fue al baño– hasta guapo sería".

–Y tú estás demasiado necesitada, amiga –comenté–. ¡Es más femenino que tú y yo juntas!

–Una tragedia.

Hacer contacto visual

Como parte de las presentaciones de aquellas primeras horas, algunas chicas intentaron leerme las cartas y la mano. Era increíble que en una universidad, y además católica, hubiera tantas seguidoras del ocultismo en sus múltiples variedades. No nada más entre las alumnas, sino también entre el personal administrativo femenino y una que otra profesora circulaban recetas casi siempre orientadas hacia cuestiones amorosas: el clavo en el zapato para que el amante no se aleje de ti, el brebaje para atontar, la fórmula de la miel, la canela y la cinta para retener al amigo, la plegaria al alma de Juan Minero para alejar a los malos espíritus, etc. Yo era, soy y seguiré siendo católica ferviente y siempre me he rehusado a todas esas supersticiones. No todo el tiempo he sido buena, aunque lo intento, pero en todo caso soy una mala católica, no una hereje ni una pagana, y reconozco mis fallas con humildad esperando el perdón. Georgina era... bueno, ella era un poco de todo, principalmente católica, aunque extraviada cada tres pasos entre los errores de su curiosidad.

En un rincón de los prados les enseñé a mis nuevas compañeras un poco de *belly* (que seguramente las dejó